

Juan 1:35.41

Juan 1:35-41

“¡Oh Cristo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros! ¡Oh Cristo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros! ¡Oh Cristo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos tu paz!" Cada vez que celebramos la santa comunión, oramos esta oración inmediatamente antes de la administración del sacramento. Pero ¿por qué nos referimos a Cristo tres veces como el Cordero de Dios? ¿Hemos pensado bien en el significado de estas palabras? ¿Cómo es Cristo el Cordero de Dios?

Un día cuando Juan estaba bautizando al lado del río Jordán vio a Cristo, y dijo así a la gente presente. "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: después de mí viene un varón, el cual es antes de mí, porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. Aquél me dijo: sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios".

Por cierto Juan obraba bien en su oficio como precursor del Mesías. Primero preparó los corazones de los hombres a recibir a Cristo con su mensaje de juicio y arrepentimiento. Entonces cuando vino Cristo proclamó abiertamente que Cristo verdaderamente fue el Hijo de Dios y el Cordero de Dios. Dijo esto a toda la gente, y en nuestro texto de hoy lo repitió a dos de sus discípulos. "El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios". ¿Pero de qué pensaban los discípulos de Juan al oír que Jesús fue el Cordero de Dios? Sin duda reconocieron a Cristo como el que iba a sacrificarse por sus pecados. Pudieron pensar en lo que había escrito el profeta Isaías: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado

al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca". Entonces cuando oyeron las palabras, el Cordero de Dios; sabían que Cristo sería su Salvador, el sacrificio completo y perfecto por todos sus pecados, así como habían sido símbolos de este sacrificio perfecto los sacrificios de los corderos sin mancha en el Antiguo Testamento. Cada vez que el pueblo de Israel vio un sacrificio de un animal antes de la venida de Cristo pudieron pensar del sacrificio perfecto de un Salvador venidero que realmente iba a limpiarlos de todos los pecados.

Entonces, cuando usamos las palabras "Oh Cristo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo", la palabra Cordero nos hace pensar en cómo Cristo quitó el pecado del mundo. Fue como un sacrificio inocente y perfecto por los pecados del hombre, o sea, como nuestro sustituto. Cristo es el Cordero que sacrificó a sí mismo para pagar la deuda de todos los pecados del mundo.

Que los discípulos de Cristo no entendieron perfectamente el significado de este término Cordero de Dios es evidente después en su renuencia a aceptar el hecho de que Cristo iba a morir cuando Cristo habló de su muerte. Pero sí reconocieron al que Juan había llamado el Cordero de Dios como Mesías, el Salvador. Ellos también, entonces, reconocieron que Juan vino solamente para preparar el camino de Cristo. Al oír que Cristo ya estaba, hicieron la única cosa conveniente. Siguieron a su Salvador. "Le oyeron hablar, los dos discípulos, y siguieron a Jesús". No preguntaron cómo sería su camino con Jesús en el futuro. Bastaba que fue el Mesías, el prometido de Dios, el Salvador. Nosotros también oímos la palabra de nuestra salvación en Cristo, y no preguntamos cuántas dificultades vamos a tener en esta vida por causa de nuestra fe en el Señor. Ser salvos, conocer al Salvador es la cosa importante, y en comparación con esto nada tiene importancia.

Los dos discípulos de Juan siguieron a Jesús. "Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían les dijo: ¿Que buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿donde moras?" Cristo no les preguntó a quién buscáis, porque ya habían encontrado al que buscaban, sino ¿qué buscáis? Entonces les dio la oportunidad de aclarar en sus propias mentes lo que Cristo iba a significar en su propio pensamiento. Les dio la oportunidad de buscar en sus corazones qué les importara más en el mundo, a ver que su necesidad más grande fue la paz con Dios. También les dio el deseo de saber más sobre este maestro. Querían saber dónde vivía Jesús para poder visitarlo después.

"Les dijo; Venid y ved. Fueron; y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima". Querían visitar a Jesús, pero probablemente pensaron que alguien tan importante como Jesús no tendría tiempo para ellos hasta quién sabe cuándo. Pero nuestro Señor no es así. Siempre tiene tiempo para los pecadores que le buscan para perdón y consuelo. Invitó a los discípulos a venir y ver, y ellos quedaron con él todo el día.

Nosotros también podemos andar con Cristo en su palabra. En su palabra tenemos su mensaje para los pecadores, su mensaje de perdón misericordioso como un regalo gratuito. Nos invita a nosotros también. "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

A nosotros también es necesario preguntar, qué buscamos. Si es solamente la seguridad de riqueza en este mundo, debemos buscar en otro lugar. Si buscamos la seguridad de que nunca estaremos enfermos, que nunca tendremos que sufrir nada en este mundo, también necesitamos buscar en otro lugar. No encontraremos esas seguridades de todos modos, pero debemos reconocer desde el principio que el servicio a Cristo no da garantía de que no tendremos ningún problema en esta vida.

Lo que promete la palabra de Dios es paz de corazón en medio de todos los problemas. Promete descanso para nuestras almas. Promete la comunión con Dios, y promete la vida eterna en el cielo. ¿Qué buscan ustedes? Si estas cosas son importantes para ustedes, tienen la invitación de Cristo mismo, "Venid a mí". Hemos venido a oír su palabra. Escuchamos sus promesas. Conocemos a nuestro Salvador así como los discípulos también.

¿Pero que hicieron ellos? "Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían seguido a Jesús. Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)". Al encontrar al Señor y conocer a él, sus corazones estaban tan llenos de alegría que inmediatamente fueron a decir a otros las buenas noticias. Y así el reino de Dios siempre tiene su mayor extensión debido a cristianos que no pueden sino compartir su alegría con vecinos, amigos, conocidos, hasta desconocidos en el camino. Nosotros también podemos llevar a nuestros vecinos, amigos, y otros la invitación de Cristo: "Venid a mí". Cristo, que nos ha recibido, recibirá a ellos

también, a su hogar en el cielo. No hay otro camino a este hogar, excepto por su invitación, del Cordero de Dios, que nos ha quitado todos los pecados. Así, nosotros estamos en este camino. Y con su ayuda podemos dar a muchos otros también la misma oportunidad. Amén.